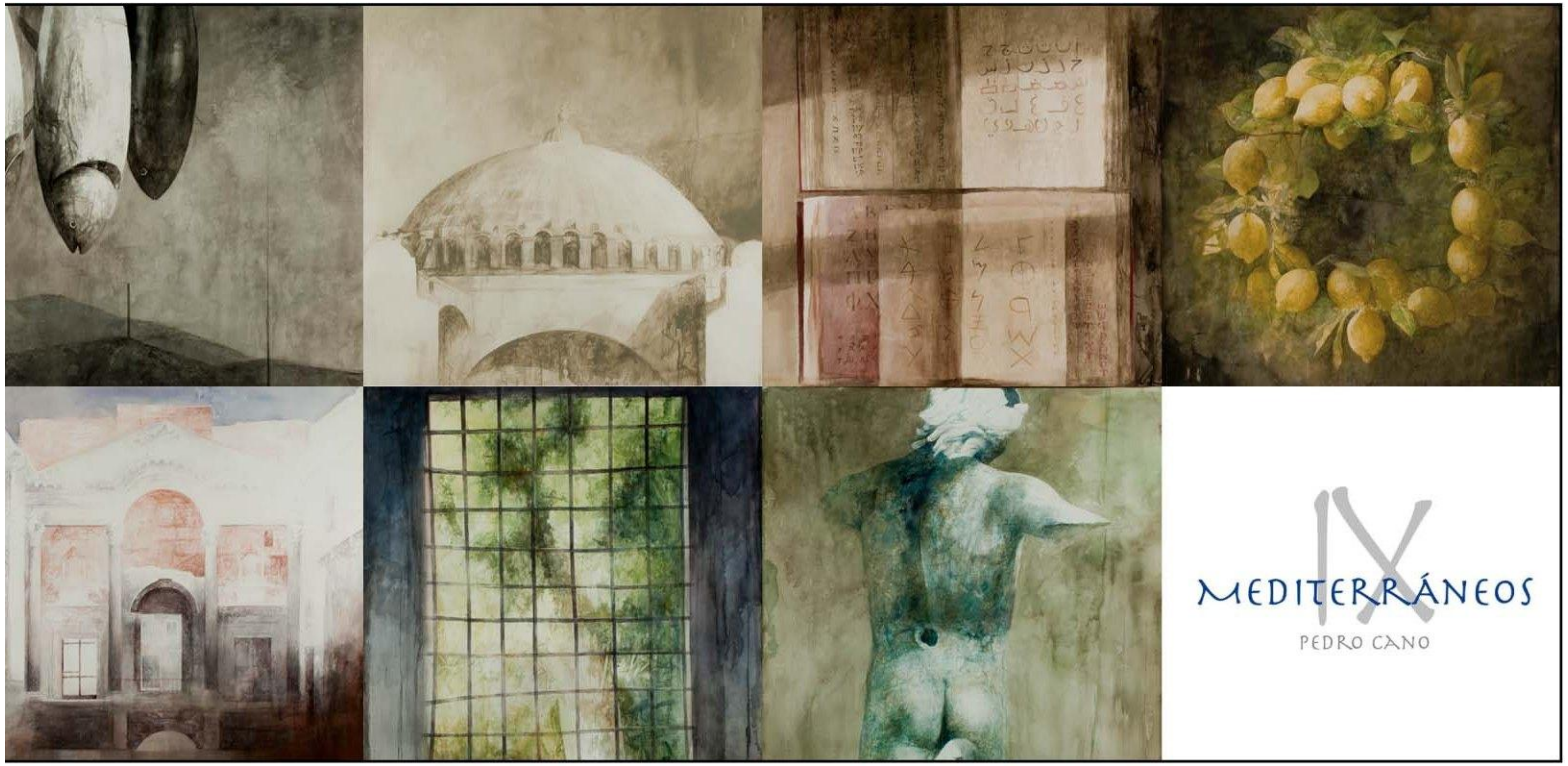
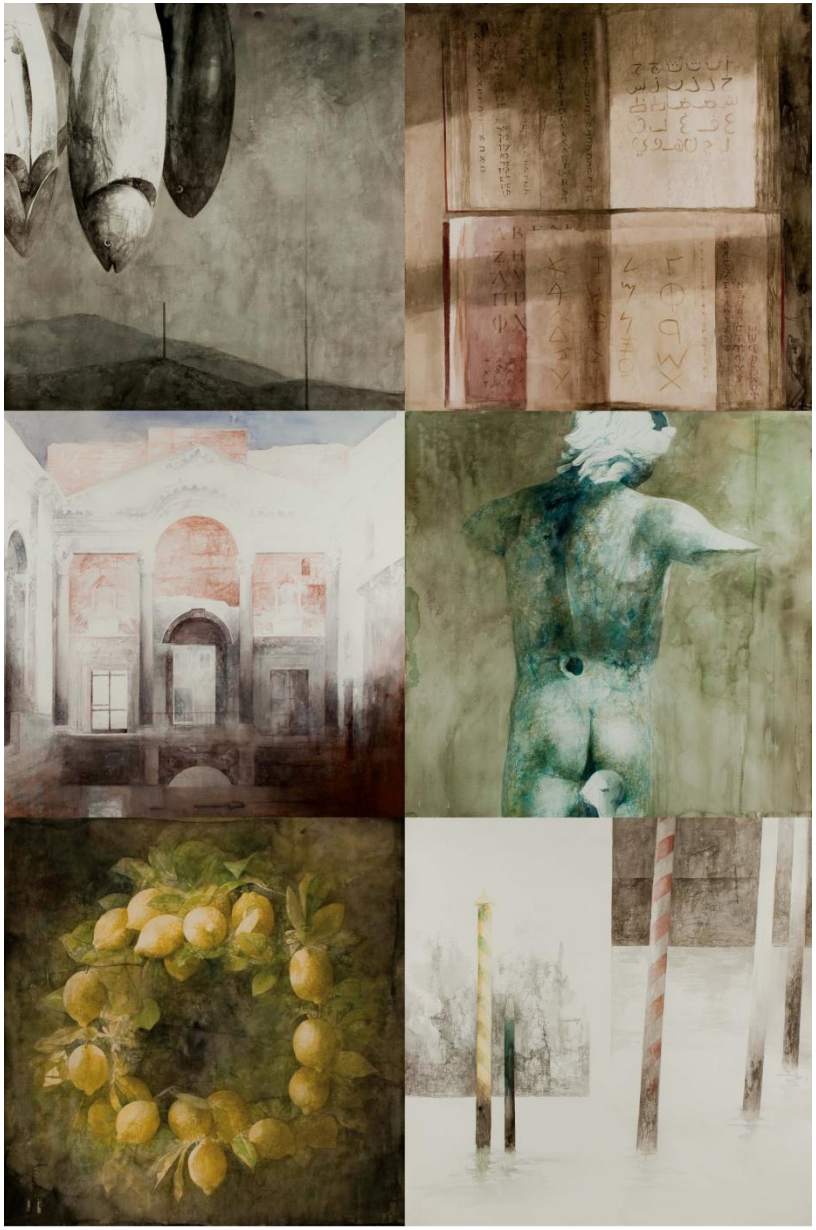


FUNDACIÓN
TEATROMANO
DE CARTAGENA

FUNDACIÓN/
PEDRO CANO/
BLANCA/

MUSEO
TEATROMANO
DE CARTAGENA



IX MEDITERRÁNEOS

PEDRO CANO

15 de junio a 15 septiembre

El Mediterráneo ha sido el escenario en el que ha transcurrido gran parte de mi vida, y he dedicado a sus tierras y a sus ciudades millares de obras sobre papel, telas y sobre todo muchísimos cuadernos que me han acompañado en mis viajes.

Después de la serie de trabajos dedicados a la muralla de Roma y la experiencia única del diálogo abierto con Italo Calvino en las ciudades invisibles, vuelvo de nuevo a las acuarelas dedicando un ciclo al Mediterráneo.

Mediterráneo como un viaje personal y afectivo, donde los nueve lugares, pertenecen a mi vagabundear de Turquía a Egipto y desde Grecia hasta las Baleares.

Los nueve mediterráneos son Alejandría, Cartagena, Estambul, Mallorca, Nápoles, Patmos, Sicilia, Split y Venecia. El mar es un telón invisible. No aparece, aunque es el protagonista/creador de los lugares.

Pedro Cano

Cartagena

A Cartagena he dedicado mi atención a la sal. A los atunes y pulpos que se secan al viento y a las memorias de las viejas ánforas donde transportaban el garum.

En los largos viajes de día o de noche en los que hace treinta años cruzábamos el Egeo buscando una isla de nombre impronunciable o una ciudad que, llegando a ella, nos sumía en la más absoluta decepción, siempre se hacían amigos. Después de preguntarte como te llamabas y de qué país venias, querían saber en qué parte de España habías nacido. Cartagena me echó siempre una mano a la hora de la ubicación de mi tierra.

Cada vez que vuelvo a esta ciudad me siento feliz al observar cómo, poco a poco, va readquiriendo la gran importancia que tuvo en la Antigüedad. La recuperación del teatro ha sido como un terremoto que ha hecho ver a los cartageneros en qué maravilla de ciudad les ha tocado vivir.

Yo siempre la he querido y siempre me ha gustado. Las cervezas y los arroces del Bahía tenían un aroma irreproducible, como único era el olor de Santa Lucía, del cual una pequeña muestra estaba en el terrao de mi casa los días en que, untados ligeramente con aceite de oliva y pimentón, los bonitos se secaban abiertos en canal y sujetos de aleta a ijada con las cañas de doble punta, para que mi padre y mis hermanos, una vez curados, los vendiesen en la plaza de Blanca, en el puesto de pescados y salazones.

Alejandría

He representado a Alejandría a través de retratos de Alejandro Magno, viejos alfabetos, cartas marinas e hipótesis del faro.

La primera vez que visité Alejandría no pude hacerme una idea precisa de qué tipo de ciudad era o fue. Sí sentí el enorme contacto que había mantenido con Grecia. Cuando empecé a pensar en cómo representar la ciudad de Alejandro, la primera imagen que me vino a la cabeza fueron los libros, aunque en la mítica biblioteca el libro aún no existía. Retratos de Alejandro Magno sacados de mármoles y monedas, e incluso del mosaico del Museo de Nápoles.

Mapas del puerto y de la ciudad, copias de viejos grabados, cuando Alejandría aun tenía un aspecto de parada de caravanas. Hipótesis del famoso y legendario faro del cual solo queda una imagen creíble dentro de un misterioso mosaico en Libia.

Parte de los nombres de los científicos y literatos que hicieron grande la biblioteca desaparecida; y signos, cifras y letras pertenecientes a viejos alfabetos que todavía hoy nos permiten comunicar a través de diversas lenguas.

La mayor parte de este material es fruto de mi segundo viaje a Alejandría, y es que la nueva biblioteca es un generador de ideas y sugerencias. Es como un enorme corazón en la otra orilla del mediterráneo, que nos está esperando.

Además, la ciudad empieza a abrirse de nuevo y a volver a encontrar al mundo cosmopolita del cuarteto.

Estambul

Estambul es Santa Sofía. Levantada por Justiniano como gran templo del cristianismo, se convierte en el esquema de toda la arquitectura religiosa islámica hasta nuestros días. Hay quien cuenta que en la conquista de la vieja Bizancio, el mundo árabe fue como hechizado por la atracción que ejercitaba no tanto Constantinopla, como su centro espiritual: Santa Sofía. El inmenso edificio cubierto de mármoles de colores en su interior, con la cúpula principal construida con unos ladrillos ligeros similares a la piedra pómez, y que tiene como por arte de magia su estructura flotando en el aire.

Hace cuarenta años llegué a esta ciudad en tren. Entonces sus habitantes no superaban los setecientos mil, a diferencia de los dieciocho millones de hoy. Muchas veces me he preguntado cómo es posible que con este aumento demográfico imparable no haya desaparecido el carácter de la vieja Constantinópolis. Posiblemente lo deba a Santa Sofía, que es corazón de esta ciudad que está en Asia, pero que tiende una mano a Europa.

He desechado parte de la belleza de la ciudad del Bósforo hecha de mercados, donde las especias y las alfombras se mezclan con la plata y las sedas de colores, y he centrado todo mi interés en este espacio milenario.

He compuesto con seis hojas de papel una imagen de Santa Sofía, que fue iglesia cristiana, más tarde mezquita, y hoy uno los museos más interesantes del mundo. Aunque lo realmente importante de esta construcción es que se ha convertido, desde la implantación del Islam, en el prototipo de toda la arquitectura religiosa del mundo mahometano.

Mallorca

Mallorca, conocida solamente como lugar de vacaciones, viene representada a través de las celosías de un claustro de la cartuja de Valldemossa, donde Chopin se curaba lejos de los fríos inviernos del norte de Europa. Estando en ella se tiene la sensación de oír el romper de las olas. Aunque desde allí no se ve el mar.

Este lugar se ubica entre colinas, rodeado de huertos con esmero cultivados. En el corazón de la Cartuja, uno de sus patios nos recuerda que Mallorca no es sólo marinera: la agricultura entendida no solamente como fuente de alimentación, sino como ornamento que sustenta el espíritu, es el eje principal de este jardín interior.

El patio rectangular está en el centro de un claustro y unas ventanas hacen de trámite entre los cuatro pasillos y los arboles del jardín. Las ventanas están protegidas, tienen celosías, pero hechas de cañas. Las cañas se cruzan creando dibujos que recuerdan a enormes pajareras que tienen en su geométrica construcción algo de música, como si la música de Chopin, huésped en busca de salud durante mucho tiempo de la mística morada, se hubiese quedado enjaulada entre los arboles del patio y las losas del claustro.

Cuando en una visita a la isla, hace unos años, descubrí el patio con las celosías, no pensé en utilizarlas así, pero ahora estoy contento de haber entrado en este lugar y mostrar este rincón casi secreto de una isla donde mucha gente que la visita no se imagina el potencial antropológico que conserva y sólo disfruta de los placeres que dan el mar y el sol.

Sicilia

Sicilia tiene una memoria griega, la Venus de Siracusa, el sátiro de Mazzara y el joven de Mozio, de frente y de espaldas, nos hablan de la importancia del mundo clásico en la isla más grande del Mediterráneo.

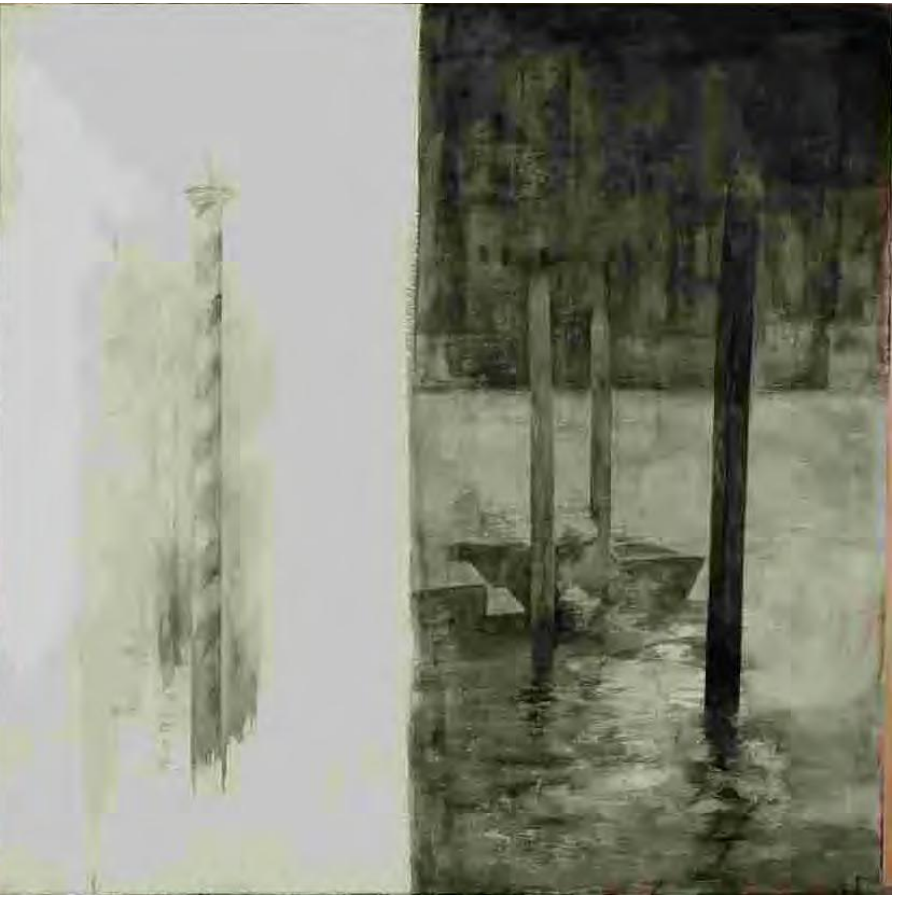
De las tres islas que incorporé en este recorrido, Sicilia es la más grande y posiblemente la que fue más veces conquistada y por lo tanto, la que más tesoros culturales posee. Además tiene el privilegio de conservar algunas. Elegí las tres más significativas a mi parecer, y las presenté por delante y por detrás.

Solamente el Giovane de Mozia es un motivo para llegar a esta pequeña isla cerca de Marsala. En un museo rodeado de pinos se conserva esta misteriosa escultura en la que no deja de asombrar la modernidad del enorme trozo de mármol blanco donde los pliegues de una túnica mojada nos hacen entrever el cuerpo de un hombre.

De mármol también es la bellísima Venus de Siracusa; difícilmente se puede ver en una piedra la sensación del calor de una piel y la carnalidad de un gesto.

La tercera escultura es de bronce, el Sátiro de Mazara del Vallo, que después de siglos bajo las aguas apareció no hace mucho cerca de la zona de uno de los vinos más ricos del mundo. El gesto de su cuerpo en una especie de salto en el aire que se acentúa por la cabellera alborotada, y los ojos en parte ausentes de un material blanco le da un aspecto realmente fantasmagórico.

También ha sido un modo de volver a enfrentarme a la escultura, a la que tantas tardes de mi vida dediqué con el sueño de ser admitido en la escuela de Bellas Artes de Madrid.



Venezia

Era difícil Venecia. Después de Turner, nos es imposible pintarla. Observé las "palline" o sea, los palos que emergen de la laguna con listas oblicuas de color y que seguramente cuentan historias que ni siquiera los habitantes de los palacios circundantes conocen.

Al querer incluir a Venezia en la geografía afectiva que me une a estos nueve lugares del Mediterráneo, tuve que pensarlo fríamente. Por una parte, la cantidad de iconografía dedicada a la ciudad de la laguna y sobre todo las hojas de papel y los bellísimos oleos que pintó el inmenso Turner me bloqueaban pensando en la derrota. Por otra parte, el afecto y la fascinación que siento por estos islotes unidos entre sí por puentes, donde surgen parte de los más hermosos palacios que el hombre ha levantado en el mundo, me convencieron de que no podía excluirlo.

Visité la ciudad varias veces con la intención de robarle una imagen secreta; entre los pliegues de la enorme telaraña de canales y campielli. Al final opté por algo que siempre me ha llenado de curiosidad, pero sobre lo que nadie me ha dado una explicación exacta: el significado y los colores de esos palos de madera que salen del agua y que a veces sirven para atracar góndolas u otras embarcaciones, aunque en muchos de ellos no atraca nunca nadie...

Las palline o vigole (así las llaman) son los únicos elementos que me han servido de modelo para esta ciudad, que fue república y que durante siglos se convirtió en el lugar más abierto a Oriente; y que por lo tanto la arquitectura que la configura es como un espejo, donde se reflejan parte de las culturas que desembarcaban en su puerto.

Patmos

En Patmos, en Grecia, el primer día de mayo se recogen en los campos flores y frutos y se cuelgan como collares en las puertas de las casas. Olivo, trigo y uva... pero también rosas, limones y una lavanda salvaje, que el Jueves Santo tiran al suelo para pisarla.

Patmos es una isla griega como muchas otras a primera vista, pero no en todas las islas griegas estuvo San Juan exiliado, y fue aquí donde tuvo la inspiración del texto sagrado del Apocalipsis. Las primeras veces que llegué hasta esta pequeña isla encontré en muchas casas, sobre todo de Hora, coronas de flores y frutas secas que coronaban las puertas. Poco a poco supe que estas coronas se preparaban el uno de mayo y se llamaba Protomayá. Ese día toda la gente sale de sus casas como de romería y a la vuelta trenzan con las hojas, flores y frutos las coronas que después el sol, la lluvia y el agua destruirán. Mis seis coronas cuentan esta historia:

La primera es de olivo, que da aceite y del aceite la luz. La luz y el fuego han sido siempre el símbolo de la presencia de una actividad religiosa.

La segunda y la tercera se vinculan con el cristianismo, y son de trigo y de uvas.

La cuarta está hecha de rosas, que es la flor por antonomasia.

La quinta es el limón. El limón es perfume, comida, medicina, y es una de las plantas que seguramente más representan el Mediterráneo.

La sexta corona es de llambré, una especie de lavanda salvaje que nace en Patmos en los días de Pascua, y que se usa el Jueves Santo como una alfombra en las plazas y calles de la Hora, y al pisarla exhala un fuerte perfume que permanece todo el día en el aire, creando un ambiente fuertemente místico.

Split

Split, es el palacio de Diocleciano. Construido como morada y mausoleo del emperador, se convierte poco a poco en un refugio y después en una ciudad, donde hoy viven todavía tres mil personas dentro del recinto imperial.

Diocleciano había nacido en Solona, en la provincia de Dalmacia, y que hoy conocemos como Croacia. En el año 305, en plena madurez y antes de abdicar, mandó construir un inmenso palacio bañado por el Mediterráneo en el que retirarse después de su mandato, e incluso creó su propio mausoleo que siglos más tarde se convertiría en la catedral del lugar.

De forma rectangular y siguiendo la orografía del terreno, el palacio se edificó con piedra local y mármoles traídos de Itálica, de las islas griegas e incluso de Egipto, configurándose al mismo tiempo como palacio y fortaleza. Muerto Diocleciano, siguió siendo residencia de emperadores. En el siglo VII los bárbaros invaden la zona y la mayor parte de los habitantes de los alrededores se refugian en el palacio, dando inicio al actual espíritu de la ciudad de Split. Enriquecida por los venecianos, que convierten su puerto en el más importante hacia Oriente, y dan al interior de la construcción el aspecto de una Venecia diminuta y doméstica, alterada por fragmentos de templos romanos y de columnas que sostuvieron hace siglos otros palacios

La originalidad de este lugar está en que no es un espacio ni interior ni exterior, y al mismo tiempo tiene el sabor de las dos opciones. Entrar por una de las cuatro puertas y recorrer el antiguo cardo o el decumano, para encontrarse en el cruce del peristilo es una experiencia única, donde se concentra en su totalidad la metamorfosis de esta ciudad-palacio o de este palacio-ciudad.

Nápoles

Nápoles es la smorfia. No comprendo cómo todavía no se ha realizado un trabajo culto sobre este juego, que con sus noventa números con figuras es uno de los tesoros de la ciudad partenopea.

Cuando a finales de los años sesenta una beca del Ministerio de Asuntos Exteriores de España me dio la posibilidad de pasar tres años en la Academia Española de Bellas Artes en Roma, la ciudad eterna me entusiasmo, pero hasta entonces había viajado poco, era muy joven y la nostalgia de España me daba un zarpazo de vez en cuando. Entonces cogía un tren y en dos o tres horas llegaba a Nápoles.

El haber sido la capital de las Dos Sicilias durante siglos había dejado clavadas las huellas de España en toda la ciudad, y como emblema, la calle más importante era conocida por todos como Vía Toledo, una calle comercial llena de vida que da un corte profundo a la ciudad. Detrás de sus edificios imponentes se esconden lo que todavía hoy se conoce como los barrios españoles. Palacios decadentes hoy habitados por familias numerosas, donde las dificultades son tan visibles como la falta de sol.

Fue allí donde empecé a oír hablar de la Smorfia, noventa números con noventa imágenes. Algo que parece un cartón de juego, pero que incluye personajes de la comedia del arte e incluso títulos del teatro de Eduardo de Filippo.

El paralelismo con los números que cantaban los ciegos en Murcia y la vinculación con las tómbolas, me hizo pensar que Nápoles tenía que representarla así, sin pizza, sin mar, sin folclore, y al mismo tiempo con un caleidoscopio de colores, con esta especie de enciclopedia natural que nace de las profundidades de Nápoles y que se hermana con el sur de España.